

EL 1.<sup>er</sup> CORO AL 2.<sup>o</sup> - CAYETANO. —¿Por qué nosotros hemos de estar alejados como enemigos, cuando nuestros príncipes se abrazan con amor? Quiero seguir su ejemplo y te ofrezco la paz. ¿Queremos nosotros acaso aborrecernos eternamente? Hermanos son por los lazos de la sangre, mas nosotros ciudadanos somos é hijos de un mismo suelo.

(Los dos coros se abrazan.)

### ESCENA VI

Salc un MENSAJERO

EL 2.<sup>o</sup> CORO - BOHEMUNDO (á don César).—Veo de regreso al mensajero que enviaste. Alégrate, don César; buenas nuevas te traen; el júbilo fulgura en las pupilas de tu enviado.

EL MENSAJERO.—¡Qué dicha para mí! ¡Qué dicha para la ciudad libre de sus calamidades! Mis ojos son testigos del más hermoso espectáculo. Veo á los hijos de mi señor, á mis príncipes, en amigable coloquio, cogidos de la mano; á ellos, á quienes dejé en el furor del combate.

D. CÉSAR.—Ves alzarse el amor, como fénix, de la hoguera del odio.

EL MENSAJERO.—Nueva felicidad voy á añadir á la que ya gozáis. Mi bastón de mensajero se corona de verdes guirnaldas.

D. CÉSAR (llevándole aparte).—Dime lo que has indagado.

EL MENSAJERO.—Todas las causas del júbilo se han reunido en un solo día. Aquella que perdimos, y buscábamos, señor, se ha encontrado y no está lejos.

D. CÉSAR.—¿Se ha encontrado? ¿Dónde está? ¡Habla!

EL MENSAJERO.—Aquí; en Mesina se esconde, señor.

D. MANUEL (al primer coro).—Veo que el rostro de mi hermano se tiñe de brillante encarnado; centellean sus ojos, no sé por qué motivo; pero señal es de alegría, que con él comparto.

D. CÉSAR (al mensajero).—Anda y guíame. Adiós, don Manuel; volveremos á encontrarnos en los brazos de nuestra madre. Ahora urgente motivo me llama fuera de aquí. (Hace que se va.)

D. MANUEL.—¡Vé sin tardanza y que la felicidad te acompañe!

D. CÉSAR (reflexiona y luego vuelve atrás).—Don Manuel, al verte me inunda el gozo, más de lo que explicarte pudiera. Sí, presiento que vamos á querernos como dos amigos de corazón. Nuestra inclinación, reprimida largos años, florecerá más radiante y más fuerte, y con nueva vida repararemos los días que hemos perdido.

D. MANUEL.—Las flores anuncian hermosos frutos.

D. CÉSAR.—Siento, que no debiera (y de ello me acuso), arrancarme ahora de tus brazos. Pero si abrevio tan pronto estos dulces instantes, no pienses por ello que mi afecto sea menor que el tuyo.

D. MANUEL (con visible distracción).—Obedece á la ley del momento; desde este día toda nuestra vida pertenece á la amistad.

D. CÉSAR.—¡Si te descubriese lo que me llama fuera de aquí!...

D. MANUEL.—Déjame tu corazón y guarda tu secreto.

D. CÉSAR.—No debe haber en adelante ninguno entre nosotros. Pronto será levantado el último velo. (Se vuelve hacia el coro.) Os lo declaro para que lo sepáis: terminó la guerra entre mi querido hermano y yo; consideraré enemigo mío y aborreceré, tanto como las puertas del infierno, al que intente reavivar la chispa extinguida de nuestras discordias, y encen-

der con ella nueva hoguera. No espere complacerme ni cuente con mi agradecimiento quien venga á hablarme mal de mi hermano, ó movido por erróneo celo, lance la acerada flecha, aguzada por algún demonio imprudente. Las palabras que deja escapar la cólera sobrado pronta, no echan raíces en los labios; pero recogidas por el oído del recelo, se deslizan y se adelantan como planta trepadora, y pegándose á la tapia, la envuelven en mil ramas tupidas. Así los mejores y más puros, son arrastrados á irremediable extravío.

*(Da un nuevo abrazo á su hermano y vase; acompañañalé el segundo coro.)*

## ESCENA VII

DON MANUEL y EL PRIMER CORO

EL CORO - CAYETANO.—Señor, con sorpresa te miro, y trabajo me cuesta reconocerte. Apenas respondes con algunas lacónicas palabras al cariñoso lenguaje de tu hermano que se te adelanta con buenas intenciones y con el corazón abierto, mientras sigues absorto en tus pensamientos y soñador; parece que sólo el cuerpo permanece aquí mientras vuela enajenada el alma. Quien así te viese, podría fácilmente echarte en cara tu frialdad y tu continente altanero y reservado; pero yo no puedo acusarte de insensibilidad, porque vuelves en torno la mirada feliz, y la sonrisa está posada en tus labios.

D. MANUEL.—¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo responder? Puede mi hermano encontrar palabras, sorprendido como está, y conmovido por un sentimiento nuevo; siente derretirse en su seno antiguos odios, y admira el cambio de su corazón; pero yo no guardaba ya rencor alguno. Apenas he podido saber aún por

qué hemos reñido en tan sangrientos combates. Llevada en alas del júbilo, mi alma vuela por encima de las cosas terrenales. En el océano de luz que me rodea, todas las nubes, todas las fases oscuras de la vida se han desvanecido. Contemplo estas bóvedas y estas salas, y pienso en la gratísima emoción y en la alegría que experimentará la que ha de ser mi esposa, cuando la haga penetrar, como princesa y como soberana, en este castillo. Aún no ama sino á su amante. Se entregó á un extranjero, á un hombre anónimo, y no sospecha que puede ser don Manuel, príncipe de Mesina, quien ha de ceñir en su hermosa frente la diadema de oro. ¡Cuán dulce es dar á la que se ama una grandeza y una magnificencia que ella no esperó! Largo tiempo me he privado de ese placer, el más grande de todos. Su belleza será siempre, es cierto, el mejor de sus adornos; pero el esplendor puede realzar la belleza, como la montura de oro acrecienta el brillo del diamante.

EL CORO - CAYETANO.—Señor, por vez primera veo que tus labios rompen el sello de un largo silencio. De mucho tiempo acá te seguía con curiosa mirada, sospechando la existencia de un largo y maravilloso secreto; pero no tenía audacia bastante para preguntarte lo que de tal modo escondías en las tinieblas. Los placeres animados de la caza, las carreras de los caballos, las victorias del halcón, no tienen ya para ti atractivo alguno. Al inclinarse el sol hacia los límites del horizonte, desapareces de la vista de tus compañeros, y ninguno de nosotros, que en la guerra y en la caza te seguimos, puede alejarse contigo por los senderos solitarios. ¿Por qué hasta ahora has tenido recelosamente escondida la felicidad de tu amor? ¿Quién fuerza al hombre fuerte á que disimule? porque no cabe temor en tu ánimo.

D. MANUEL.—La dicha tiene alas, y es difícil enca-

denarla; hay que tenerla encerrada bajo llave. Diósele el silencio por guardián, y tiende el vuelo así que la indiscreción ligera le abre las puertas. Pero ahora que tan cerca estoy de la meta, puedo y quiero romper ese prolongado silencio; pues á la luz del próximo día será ella mía, y los demonios de los celos no tendrán sobre mí ningún poder. No estaré ya obligado á deslizarme furtivo para robar los frutos preciosos del amor, ni me será ya necesario apoderarme del placer á su paso. Mañana será igual al día feliz de la víspera, y mi dicha no se parecerá al relámpago que alumbró instantáneo y se desvanece en las tinieblas, sino al curso de un arroyo, á la arena que señala las horas al derramarse.

EL CORO - CAYETANO.—Entonces, señor, dinos el nombre de la que te concede tan misteriosa felicidad, y así podremos celebrar tu envidiable suerte y honrar á la desposada de nuestro príncipe. Dinos dónde la hallaste, en qué lugar escondes esa intimidad silenciosa; porque hemos recorrido en todas direcciones, yendo de caza, los senderos más extraviados de la isla, y ninguna huella nos descubrió tu dicha, tanto que la creería envuelta en mágica nube.

D. MANUEL.—Voy á desvanecer esta magia, porque desde ahora ha de aparecer á la luz del día cuanto estaba escondido. Oíd, y sabed lo que me acaeció: Cinco meses há, reinaba aún mi padre sobre esta isla, y con poderosa mano doblegaba á la juventud bajo su yugo. Yo no conocía más que los rudos goces de las armas y el bélico placer de la caza. Habíamos cazado todo el día entre la espesura del monte, cuando persiguiendo una blanca cervatilla me alejé de mi séquito. El tímido animal huía á través de los recodos del valle, saltando barrancos, zarzales y setos infranqueables. Por fin salvó la puerta de un jardín, y desapareció de mi vista. Descabalgo entonces de golpe, la sigo, y blandía ya mi dardo, cuando veo con asombro al ani-

mal, aterrado y tembloroso, tendido á los piés de una religiosa que le acaricia con dulzura. Quedé inmóvil y confuso empuñando el dardo y pronto á lanzarlo, mas la religiosa me dirigió una mirada suplicante y permanecimos ambos mudos frente á frente. ¿Cuánto



duró aquel instante? no lo sé, porque perdí la medida del tiempo. Su mirada ahondó en mi alma, y mi corazón se mudó de súbito. Lo que entonces dije, lo que me respondió la celeste criatura no me lo preguntéis; todo ello es para mí como un sueño de los bienaventurados días de mi infancia. Al volver en mí, sentí su corazón palpar junto al mío. Entonces oí el toque argentino de una campana, que parecía anunciar la hora de las preces, y en esto ella desapareció de repente como una sombra que se desvanece en los aires, y no la ví más.

EL CORO - CAYETANO.—Tu relato, señor, me ha llenado de temores. ¿Habrás robado á Dios? ¿Habrás puesto

tu culpable deseo en una esposa del cielo? Los deberes del claustro son terribles y sagrados.

D. MANUEL.—Desde aquel momento sólo tenía un camino que seguir. Mis deseos hasta entonces vagos e inquietos estaban fijados; había encontrado el móvil de mi vida, y como el peregrino vuelve el rostro á Oriente donde brilla el sol que le guía, también mis esperanzas y mis deseos se dirigieron á un solitario astro del cielo. No se levantó un día del fondo de los mares, ni un día se hundió en el horizonte, sin reunir á los dos felices amantes. Nuestros corazones estaban ligados uno á otro, y el cielo, que todo lo ve, era el discreto confidente de nuestra dicha silenciosa. Nada teníamos que pedir á los hombres. Nuestra vida era una sucesión de instantes preciosos, de días felices, ya que mi dicha no fué un sacrilegio, puesto que ningún voto encadenaba aún su corazón, que se me entregó para siempre.

EL CORO - CAYETANO.—¿Era el claustro el libre asilo de su tierna juventud y no la tumba de su vida?

D. MANUEL.—Era ella depósito precioso confiado á la casa de Dios, pero depósito que debía ser recuperado.

EL CORO - CAYETANO.—¿Á qué sangre se gloria de pertenecer? porque lo noble, solamente de noble raza desciende.

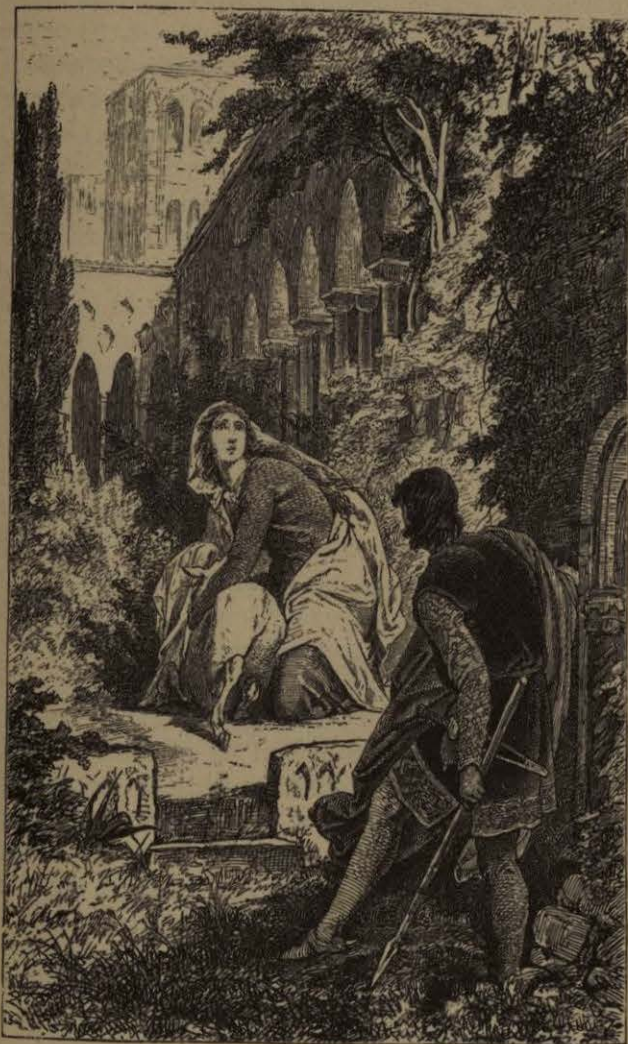
D. MANUEL.—Ha crecido sin conocerse á sí misma; no sabe cuáles son su raza y su patria.

EL CORO - CAYETANO.—¿Y ningún oscuro indicio puede indicarle la ignota fuente de su existencia?

D. MANUEL.—El único hombre que conoce su origen afirma que la niña es de noble sangre.

EL CORO - CAYETANO.—¿Quién es ese hombre? No me ocultes nada. Sólo sabiéndolo todo puedo darte útil consejo.

D. MANUEL.—Un viejo servidor la visita de vez en cuando, y es el único intermediario entre ella y su madre.



D. MANUEL—*Quedé inmóvil y confuso empuñando el dardo...*

EL CORO - CAYETANO.—¿Y nada has podido arrancar del anciano? La vejez se deja intimidar y habla fácilmente.

D. MANUEL.—Jamás me atrevi á demostrarle una curiosidad que podía declarar mi dicha misteriosa.

EL CORO - CAYETANO.—¿Y qué decía á la doncella?

D. MANUEL.—De un año para otro la hizo esperar que el tiempo descubriría el misterio.

EL CORO - CAYETANO.—¿Y no dijo que este tiempo estaba próximo?

D. MANUEL.—Hace algunos meses, el anciano la amenazó diciendo que se mudaría su suerte.

EL CORO - CAYETANO.—¿Amenazado, dices? ¿temes descubrir algo que nuble tu bienestar?

D. MANUEL.—Un cambio cualquiera aterroriza á los que son dichosos. Cuando no se espera nada mejor, tememos perderlo todo.

EL CORO - CAYETANO.—Pero el descubrimiento que temes, puede ser favorable á tu amor.

D. MANUEL.—Puede también aniquilar mi felicidad. Por ello me ha parecido más seguro prevenir ese instante.

EL CORO - CAYETANO.—¿Cómo, señor? Me das miedo: tan pronta decisión me tiene intranquilo.

D. MANUEL.—Desde el pasado mes, el anciano dejaba entrever con misteriosos signos que no estaba lejano el día en que la niña volvería á sus padres. Mas ayer habló más claramente, y dijo que á los primeros albores de la mañana—refiriéndose á hoy—debía decidirse su porvenir. No había momento que perder; mi resolución fué pronta, y prontamente ejecutada. Esta noche he robado á la doncella y la he ocultado en Mesina.

EL CORO - CAYETANO.—¡Temerario y culpable raptor! Perdona, señor, la libertad de mis reproches; ejerzo el derecho del prudente anciano cuando la juventud irreflexiva se extravía.

D. MANUEL.—La he dejado cerca de un convento de religiosas, en el silencio de un jardín retirado, donde no puede penetrar la curiosidad. De ella me separé para venir á reconciliarme con mi hermano. Allá se quedó, sóla y atemorizada, sin la menor sospecha de que va á verse envuelta en regios esplendores, elevada sobre un trono de gloria y llamada á aparecer ante todo Mesina; porque no me volverá á ver sino en el aparato de la grandeza y del poderío, solemnemente rodeado por vosotros, mis caballeros. No quiero que la desposada de don Manuel sea presentada á la madre que la doy, como una fugitiva de su patria. Quiero, sí, conducirla á la casa de mis mayores con el cortejo de una princesa.

EL CORO - CAYETANO.—Manda, señor; esperamos tus órdenes.

D. MANUEL.—Aunque me he arrancado de sus brazos, de ella solamente he de ocuparme. Vais á seguirme al bazar, donde los moros exhiben las ricas estofas y los encantadores objetos labrados en Oriente, y allí elegiréis las elegantes sandalias que deben adornar y resguardar sus piés delicados; tomad para sus trajes las telas de la India que brillan como la nieve del Etna, vecino del resplandor del cielo, y que envolverán, vaporosas con las brumas matutinas, su cuerpo esbelto y juvenil. Sea la púrpura, ornada de ligeros adornos de oro, el cinturón que retendrá graciosamente su vestido debajo del púdico seno. Escoged también un manto de seda, de radiante color purpúreo, que arrastrará pendiente de sus hombros. No olvidéis los brazaletes que rodearán sus brazos hechiceros, ni las joyas en que se engarzan perlas y corales, dones maravillosos de la diosa de los mares. Ceñirá su cabeza una diadema compuesta con las piedras más preciosas, donde el rubí, centelleante como el fuego, confundirá su brillo con el de la esmeralda. Un largo velo, pren-

dido en sus cabellos, envolverá como nube ligera y transparente su espléndida figura. Y la virginal corona de mirto completará el hermoso tocado.

EL CORO - CAYETANO.—Se hará, señor, como tú lo ordenas. Todo lo que pides, en el bazar está.

D. MANUEL.—Sacad de mis cuadras la más arrogante hacanea, blanca y brillante como los corceles del sol; enjaezadla con una gualdrapa de púrpura, y arnés y brida adornadas de pedrería; porque está destinada á mi reina. Y vosotros estad prontos á acompañar á vuestra soberana con toda la pompa de un cortejo caballeresco, y á los alegres acordes de la música. Por mí mismo quiero cuidar de los preparativos; síganme dos de vosotros y espérenme los demás. Guardad en el fondo del corazón lo que os he revelado, hasta que os permita hablar.

## ESCENA VIII

EL CORO - CAYETANO

Ahora que ha cesado la guerra entre nuestros príncipes, decid: ¿qué vamos á hacer para ocupar los ocios de los días y la interminable sucesión del tiempo? El hombre debe tener para mañana una inquietud, un temor, una esperanza, si quiere soportar el peso de la existencia y la penosa monotonía de las horas; es necesario que el hálito refrigerante del viento anime la superficie inmóvil de la vida.

UN HOMBRE DEL CORO - MANFREDO.—Hermosa es la paz; semeja á un mancebo que reposa en la margen de plácido arroyo. En torno suyo retozan alegres sus ovejas sobre el césped bañado por el sol, y repite en su caramillo melodiosos cantares que despiertan el eco de la montaña, mientras el murmurio de los arro-

yuelos le infunde el sueño á los rayos del sol poniente. Pero también la guerra tiene sus encantos, ¡la guerra que impulsa con vivo movimiento el destino del hombre! Pláceme esta vida agitada; gusto de esta variedad, de esta incertidumbre, de esta violencia sobre las olas, ya enhiestas, ya mansas, de la fortuna.

El hombre languidece en la paz. La ociosa indolencia es la sepultura de su ardimiento. La ley es la amiga del débil; todo se pone á igual nivel en la paz, y hasta el mundo se convertiría en interminable llanura. Pero la guerra da á la fuerza ocasión de mostrarse; todo lo eleva á extraordinaria altura, é infunde valor en el más cobarde.

OTRO HOMBRE DEL CORO - BERENGUER. — ¿No están abiertos los templos del amor? ¿No corre el mundo al encuentro de la hermosura? Allí está el temor, allí la esperanza; aquí el que place á la mirada, es rey. Así el amor anima la vida y realza sus pálidos colores. La hija amable de la espuma de las aguas hechiza con la ilusión nuestros felices años, y mezcla con la triste y vulgar realidad las imágenes de los sueños de oro.

UN TERCERO - CAYETANO. — Quede la flor para la primavera. Brille la hermosura. Teja la juventud verdes guirnaldas; mas al hombre maduro cuadra servir á más grave divinidad.

EL PRIMERO - MANFREDO. — Sigamos en los bosques salvajes á la austera Diana, la amiga de la caza; marchemos á los sitios donde la enramada esparce las sombras más tupidas, y saltan los corzos de lo alto de las peñas; porque la caza es la imagen de los combates, y Diana la desposada feliz del severo dios de la guerra. Dejaremos el lecho á los primeros albores del día, cuando la trompa sonora nos llame al húmedo valle, á las montañas, al borde de los precipicios, para bañar nuestro cuerpo fatigado en las frescas ondas del céfiro.

EL SEGUNDO - BERENGUER. — Ó bien confiémosnos á la divinidad azulada, siempre en movimiento, que nos ofrece riente espejo y nos llama á su imperio sin límites.

Construyámonos sobre las inquietas olas alegre y leve edificio. Quien con la rápida proa corta las ondas verdes y límpidas, es el desposado de la fortuna, dueña del mundo, y sus mieses florecen sin haber sembrado; porque el mar es el teatro de la esperanza, el imperio caprichoso del azar. Allí queda el rico súbitamente pobre, y el pobre se alza al par de los príncipes. Como recorre el vendabal con la velocidad del pensamiento el círculo del horizonte, así se mudan los decretos del destino y gira la rueda de la fortuna. Todo flota sobre las olas, y no existe dominio ninguno en el mar.

EL TERCERO - CAYETANO. — No sólo en su imperio es voluble la felicidad y no puede detenerse; también se muda y varía en la tierra, con hallarse fuertemente asentada en viejos y eternos cimientos. Esta nueva paz me da inquietudes, y no puedo confiarme á ella. No quisiera yo construir mi cabaña sobre la lava que vomitó el volcán. Los estragos del odio fueron harto profundos, y acaecieron cosas sobrado graves para que puedan ser perdonadas y olvidadas. ¡Quién dirá su desenlace! Mis reflexiones y mis presentimientos me aterran, y mis labios no se atreven á expresar lo que preveo. Pero no me place ese misterio, ese himeneo sin bendición, esos senderos oscuros y tortuosos del amor, el rapto temerario del claustro. Lo bueno sigue la vía recta, y la mala semilla produce malos frutos.

EL SEGUNDO - BERENGUER. — Así, por un rapto, la esposa de nuestro anciano príncipe fué forzada á entrar en un lecho criminal; eligiôla el padre, y el abuelo, encolerizado, dejó caer su tremenda maldición sobre el culpable himeneo. Ocúltanse en esta casa crímenes sin nombre, negras infamias.

EL CORO - CAYETANO.—Sí, los comienzos son malos y mala será la terminación, creedme: porque todo crimen cometido en un arrebato de cólera debe ser expiado. No fué el azar, no fué el ciego destino quien arrebató de furor á los dos hermanos. Maldecido el seno de su madre, debía dar á luz el odio y la guerra. Pero fuerza es callar. Los dioses vengadores fabrican su obra en silencio; será tiempo de deplorar esas catástrofes cuando se acerquen y se manifiesten. *(Vase el coro.)*



## ACTO II

### ESCENA PRIMERA

Mutación de escena. Jardín con vista al mar

BEATRIZ sale de un pabellón, da algunos pasos inciertos con inquietud mirando á todos lados, y se detiene de pronto.

BEATRIZ

**N**o es él; es el aire que murmura atravesando las copas de los pinos. Ya el sol descende hacia el horizonte, vanse las horas con lento paso, y me siento sobrecogida por el terror. Este mismo silencio, esta quietud me aterran. En todo lo que alcanza la mirada nada se muestra. ¡Me deja aquí languideciendo en mi angustia!

Oigo cercano el mugido y el hormiguelo de la muchedumbre en la ciudad, semejante á una cascada espumante. Á lo lejos suena el mar inmenso,... las olas que se rompen contra la playa con sordo rumor. Todo llena mi alma de espanto. Siéntome débil en medio de